

Cronología de ciertas cosas

LUISA EGILUZ BAEZA*

El tiempo turba a las cosas que me rodean. Por ejemplo, estoy mirando la tapa de la sopera de porcelana sobre el buffet, y la tapa parece moverse con un ruido leve, como si se corriera de la pestaña blanca del borde que la sujeta. El rayo de sol que entra oblicuo por la ventana revela una fina capa de polvo sobre la tetera azul heredada de mi suegra. Todo esto llama a mis ojos para que recorran erráticos las cosas, mientras escucho apenas alguna palabra aislada que él me dice: indiferencia, y los ojos se me van hacia otro lado, al trozo raído de la alfombra, cerca del dibujo grande, allí donde acaban las patas de la mesa de centro. Hace catorce años compramos esa alfombra, para una navidad parece -nunca me oyes- y miro entonces la boca de Jaime de donde va saliendo esa frase y es pobre ese túnel ahora despojado de su antigua sonrisa, está pálido de bordes.

El discurso sigue, de seguro acompañado por el gesto de las manos apretadas una contra otra, pero mi vista no está allí, se ha desplazado a la ventana, tras los visillos, al árbol que es un palto crecido interminable de hojas de manera que sus frutos no tienen fuerza y caen tan chicos que se los puede comer con cáscara y todo -y nuestros hijos, nunca te has preocupado de ellos como es debido- alcanzo a volver a lo que dice, y efectivamente sus manos están apretadas una contra otra. Se me aparece la imagen de alguien que un día se equivocó de puerta y con

*Luisa Egiluz Baeza. Profesora de castellano, egresada de filosofía. Universidad de Chile, poeta cuentista.

sus ademanes y la boca me decía algo que el vidrio de la mirilla me impedía oír.

Es una hora de la mañana, no he mirado mi reloj, no estaría bien, y al de péndulo que conseguimos hace muchos años en el Mercado Persa no se le da cuerda desde que estuvo a alojarse mi suegro, cuando le molestaron las campanadas, y después en alguna mudanza el péndulo se perdió.

Y mientras tanto él tal vez crea que lo estoy oyendo esta vez, porque sigue hablando, él que en realidad habla poco y siempre ha tendido a desaparecer entre esas carpetas con trabajo inconcluso que trae para la casa. No sé de dónde ha sacado tanta cuerda como la que le falta al reloj de péndulo, pero entretanto ha dicho -no aguanto más- y advierto que se aproxima algo parecido a la sentencia de un tribunal en que se me está juzgando tal si fuera una delincuente, como a una culpable, cuando en verdad me es difícil concluir de qué culpa se trata, porque me han ido llegando palabras sueltas, palabras, "un poco de aire" dice el poeta Teiller ¿cómo siguen los versos?, sí: "para olvidar lo único verdadero, que respiramos y dejamos de respirar" en tanto la respiración de Jaime se va haciendo entrecortada hacia el final de su discurso, igual que se entrecortan los movimientos de sus manos dirigidas ahora al rostro porque a todo esto prorrumpió en un llanto silencioso, primero tuvo la necesidad de llevarlas al pecho, ahí donde nunca ha dejado de usar un pañuelo en su bolsillo y ahora sí, a los ojos para enjugar las lágrimas que le brotan cuando yo, la acusada, puedo desprenderme entonces de la silla en que me encontré todo este tiempo con la taza de café vacía entre mis manos, y debo elegir entre levantarme y consolarlo y prometer tal vez que "a partir de ahora..." o simplificarle las cosas e irme silenciosamente, antes de que lo haga él, como anunció, si es cierto lo que creí escuchar.